

Saulo ¿Por qué me persigues?

Coincide este domingo con la fiesta de la conversión de san Pablo, durante el Año Paulino, en el que recordamos el dos mil aniversario del nacimiento de san Pablo, el apóstol de los gentiles. También en este día concluye la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que nos invita a todos a una conversión para llegar a la unidad deseada por Jesucristo.

Pablo era un judío fiel, observante de la Ley dada por Dios a Moisés. Podríamos decir, un hombre religioso, cumplidor, celoso de su propia religión judía. Conoció al grupo de los cristianos y pensaba que estaban equivocados por confesar que Jesús es Dios y, por eso, el único salvador de todos los hombres. Y arremetió contra ellos furibundamente.

Con todo su fervor convertido en impulso arrollador, obtuvo cartas del sumo sacerdote de los judíos de Jerusalén para ir a Damasco y traerse prisioneros a Jerusalén a todos los que seguían el «nuevo camino», es decir, a los cristianos. En ese intento de hacer prisioneros a los cristianos, Jesús le salió al encuentro, camino de Damasco y, derribándolo del caballo, le preguntó: -Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?. Saulo se convirtió de perseguidor en apóstol de Cristo.

Pablo perseguía a los cristianos, y Jesús se dio por aludido. Perseguir a los cristianos porque son cristianos es perseguir a Cristo mismo, puesto que Jesucristo considera como hecho a él mismo todo lo que hagamos a su Iglesia, lo bueno y lo malo. La Iglesia no es una simple institución humana. Si fuera eso, ya la habríamos hundido entre todos, los de dentro y los de fuera. Pero no, la Iglesia es una institución divina, que Dios mismo sostiene con su poder, y contra la que no prevalecerán las puertas del infierno. Los ataques contra la Iglesia cuando vienen de los enemigos de Dios, fortalecen a la Iglesia. Por el contrario, los males y las debilidades de los miembros de la Iglesia, de los de dentro, debilitan la Iglesia, y por eso necesitamos conversión constante.

La conversión de san Pablo ha inspirado a muchos la necesidad que tenemos de cambiar a mejor en nuestra vida, de convertirnos sinceramente. La conversión de san Pablo es modelo de ese vuelco tumbativo de la gracia de Dios, que se ha

repetido en tantas personas. Pero aunque no sea tan drástica ni repentina, todos necesitamos de conversión. A veces tomamos caminos torcidos, caminos equivocados, que nos apartan de Dios. La conversión es obra en nuestros corazones de la gracia de Dios, que nos va trabajando progresivamente. La conversión significa encontrarse con Jesucristo y cambiar de camino. La conversión nos acerca a Dios y nos aleja del pecado.

Que la fiesta de la conversión de san Pablo nos haga recapacitar a dónde se dirigen nuestros pasos, qué caminos recorreremos, a quién perseguimos bajo capa de bien. San Pablo acogió el don de la conversión y trabajó, ayudado por la gracia, hasta convertirse en uno de los mejores apóstoles de Cristo. Arrepentidos quiere Dios, también de cada uno de nosotros.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández